at medicital exclame Cornelio; goné querre decir con esto? Bien, es.

aunque inutilmente, en sus recuerdos la mujer á quien Rosa queria aludir.

-¡Toma! de la hermosa negra de flexible talle, de piés finos y de noble cabeza. Hablo de vuestra flor.

Cornelio se sonrió.

-Hermosa imaginaria, querida Rosa, mientras que vos, sin contar con el enamorado, ó mejor dicho, mi enamorado Jacobo, estais rodeada de galanes que os hacen la corte. ¿Os acordais de lo que me digisteis de los estudiantes y oficiales de la Haya? y bien, ¿en Loewestein no hay oficiales y estudiantes?

-¡Oh! y tantos como hay; dijo Rosa.

- -¿Que escriben?
- -Que escriben.
- -Y ahora que sabeis leer. . .

Y Cornelio lanzó un suspiro, al considerar que solo á él debia Rosa el privilegio de leer los billetes amorosos que recibia.

-Pero me parece, señor Cornelio, dijo Rosa, me parece que al leer los billetes que me escriben, al examinar los galanes que se me presentan, no hago mas que seguir vuestras instrucciones.

-; Mis instrucciones?

-Sí; olvidais, continuó Rosa suspirando, colvidais el testamento que escribisteis en la prision sobre la Biblia de Mr. Cornelio de Witt? Yo no le olvido jamás y desde que sé leer mucho menos. Pues bien, en aquel testamento me ordenais que me case con un jóven de 26 á 28 años. Yo lo busco incesantemente, y como consagro todo el dia á vuestro tulipan, es preciso que me dejeis la noche libre para encontrarle.

-; Ah! Rosa, el testamento se hizo mortis causa, y gracias á Dios, estoy ahora vivo.

- -¿Con que no he de buscar á ese jóven y he de venir á veros?
- -¡Ah! si, Rosa, ¡venid! ¡venid!
- -Pero con una condicion.
- -Convenido.
- -Y es que no se ha de hablar en tres dias del tulipan negro.
- -No hablaremos nunca si lo exigís, querida Rosa.
- -¡Oh! yo no pido imposibles.

Y como por descuido, acercó tanto su rostro á la reja, que Cornelio pudo dar un beso en sus mejillas.

Rosa exhaló un leve quejido lleno de amor y desapareció.



sensible esperar hasta gigzz lodia para quien acostumbraba esla hord y exercises en la escalera no solo los pasos de Griftis, sino

EL SEGUNDO ESQUEJE.

AQUELLA noche la pasó bien Cornelio, y al dia siguiente se encontró mucho mejor. Los dias anteriores habia estado la prision triste, pesada y sombría para el desgraciado preso. Parecíale que las paredes eran mas oscuras, el aire mas frio, y que al través de los barrotes no podia pasar la luz del dia; pero cuando despertó daba un rayo de sol en la ventana, algunas palomas jugueteaban hendiendo suavemente el aire, mientras que otras arrullaban en el techo vecino de la ventana, cerrada todavía.

Cornelio corrió á la ventana, la abrió y no parecia sino que la vida, la alegria y aun la libertad entraban con aquel rayo de sol en el sombrio calabozo.

Todo cuanto rodeaba á Cornelio estaba animado por el amor, por esa flor del cielo mas radiante y balsámica que las flores de la tierra.

Cuando Grifus entró en el cuarto del prisionero, en vez de hallarle como otros dias acostado y melancólico, le encontró asomado á la ventana y cantando algunas notas de ópera.

Grifus le miró de reojo.

- -¡Hola! dijo este.
- -¿Cómo va esta mañana?

Grifus volvió á mirarle de reojo.

-El perro, Mr. Jacobo y nuestra bella Rosa, cómo van?

-He aquí el almuerzo, dijo. Historetad nie oraq evena sel a sies oraș

- -Gracias, amigo cerbero, dijo el preso, á buen tiempo llega, porque tengo mucha hambre.
- -¡Ah! ¿teneis hambre? dijo Grifus.
- Toma, y ¿por qué no? preguntó van Raerle.
- -Parece que la conspiracion progresa, dijo Grifus.
- -¿Cuál? preguntó Cornelio.
- -Bien sé lo que me dijo, y vos tampoco lo ignorais; pero no hay cuidado, que ya se velará, ya se vigilará, señor sabio.
- -¡Vigilad, amigo Grifus! dijo van Baerle, ¡vigilad! Ya sabeis que mi conspiracion y mi persona están á vuestra disposicion.
- -Ya lo veremos al mediodía, continuó Grifus. Luego se separaron á las diez como de co

Y salid.

No era muy sensible esperar hasta el mediodía para quien acostumbraba esperar hasta las nueve de la noche.

Llegó la hora y oyéronse en la escalera no solo los pasos de Grifus, sino los de tres ó cuatro soldados que le acompañaban.

Abrióse la puerta para dar paso á Grifus y á sus compañeros, y fué cerrada inmediatamente.

-¡Ea! comience el registo.

Y en seguida comenzaron á buscar en las faltriqueras de Cornelio, en su chaleco y en su camisa, pero nada se encontró. Buscaron en las sábanas, en las almohadas, entre la paja del colchon; tampoco hallaron nada.

Entonces se alegró Cornelio de no haber tomado el tercer esqueje; porque Grifus, por mas oculto que estuviera, le habria encontrado y hecho con él lo mismo que hizo con el primero.

Por lo demás, jamás presenció un preso una pesquisa en su domicilio con semblante mas sereno.

Grifus se retiró, llevándose el lápiz y las tres ó cuatro hojas de papel blanco que Rosa habia dado á Cornelio. Este fué el único trofeo de la expedicion.

A eso de las seis volvió Grifus solo; Cornelio trató de amansarle, pero Grifus comenzó á gruñir, enseñó un colmillo que tenia en la extremidad de la boca, y retrocedió como un hombre que teme alguna cosa.

Cornelio soltó la carcajada.

Esto hizo que Grifus, que conocia los autores clásicos, le gritase á través de la reja:

-¡Bueno! ¡bueno! El que ria el último reirá mejor.

El que debia reir el último, á lo menos esa noche, era Cornelio, porque aguardaba á Rosa.

Vino esta á las nueve, pero sin linterna: Rosa no tenia necesidad de luz, puesto que sabia leer.

Además la luz podia descubrir á Rosa, que estaba mas espiada que nunca

Y en fin, con la luz se veia demasiado el rubor de Rosa cuando se ruborizaba.

¿De qué hablaron los dos jóvenes? De lo que hablan los amantes en el umbral de una puerta en Francia, de balcon á balcon en España, y de una azotea á la calle en Oriente.

Hablaron de esas cosas que ponen alas á los piés de las horas, y que añaden plumas á las alas del tiempo.

De todo hablaron menos del tulipan negro.

Luego se separaron á las diez como de costumbre.

Cornelio estaba contento, tan completamente contento como estarlo puede un tulipanero á quien no hablan de su tulipan.

Hallaba á Rosa linda como todos los amores de la tierra; la hallaba bondadosa, agraciada y hechicera.

Pero ¿por qué prohibia Rosa que se hablase del tulipan?

Este era un gran defecto que tenia Rosa.

Cornelio dijo para si suspirando, que la mujer no era perfecta.

Estuvo meditando sobre esta imperfeccion una parte de la noche, lo que quiere decir que mientras veló estuvo pensando en Rosa.

Una vez dormido, soñó con ella.

Pero la Rosa de los sueños era mas perfecta que la Rosa de la realidad, pues aquella no solo hablaba del tulipan, sino que traia á Cornelio un magnífico tulipan negro abierto en un jarron de la China.

Cornelio despertó loco de alegría y murmujeando: ¡Rosa, Rosa, te amo! Y como era ya dia, Cornelio no juzgó oportuno dormir de nuevo.

De consiguiente no abandonó en todo el dia la idea que habia tenido al des-

¡Ah! Si Rosa hubiese hablado del tulipan, Cornelio habria preferido Rosa á la reina Semiramis, á la reina Cleopatra, á la reina Isabel, á la reina Ana de Austria, es decir. á todas las mas grandes y mas bellas reinas del mundo.

Pero Rosa habia prohibido, so pena de que no volveria, que antes de tres dias se hablase del tulipan.

Eran setenta y dos horas dadas á la amante, no cabe duda; pero eran tambien setenta y dos horas escatimadas á la horticultura.

Verdad es que de esas setenta y dos horas habian trascurrido ya treinta y

Las otras treinta y seis pasarian bien pronto, diez y ocho en esperar y diez y ocho en recuerdos.

Rosa volvió á la misma hora: Cornelio soportó heróicamente su penitencia. Habria sido un pitagórico muy distinguido ese Cornelio, y con tal que le hubiesen permitido preguntar una vez al dia por su tuli pan, habria estado cinco años segun los estatutos de la órden sin hablar de o tra cosa.

Por lo demás la bella jóven comprendia perfecta mente que cuando se manda por un lado, es preciso ceder por otro. Ro sa dejaba á Cornelio cogerle los dedos por el postiguillo y le permitia besar le el cabello á través de las

¡Pobre niña! todas esas caricias amorosas le eran mucho mas peligrosas que el hablar del tulipan.

Así lo comprendió al entrar en su cuarto fatiéndole fuertemente el corazon, con las mejillas encendidas, los labios secos y los ojos húmedos.

En la noche siguiente, después de las primeras palabras y ca ricias de cos-

tumbre, miró á Cornelio á través de la rejilla y en la oscuridad, con esa mirada que se siente aunque no se ve. Hallaba a Rosa linda come todos los an

-Y bien, dijo, ha brotado.

-¡Ha brotado! jel qué? ¿el qué? preguntó Cornelio no osando creer que Rosa acortase el plazo de su prueba. Este era un gran defecto que tenia Rosa

-El tulipan, dijo Rosa.

-¡Cómo! ¿con que permitís? . . . exclamó Cornelio.

-;Oh! ¡sí! respondió Rosa con el tono de una tierna madre que permite una alegría á su hijo. A se obusaneg ormas olov asatneim sup viseb ersam

-¡Rosa! exclamó Cornelio alargando sus labios por entre la reja con la esperanza de tocar una mejilla, una mano, la frente, en fin cualquier cosa.

Pero tocó una cosa mejor que todo eso, pues tocó dos labios entreabiertos. tulipan negro abierto en un jarron de la Chi Rosa dió un débil grito.

Cornelio comprendió que era preciso apresurarse á continuar la conversacion, pues conoció que ese contacto inesperado había espantado mucho á Rosa.

-¿Ha brotado bien derecho? preguntó.

-Derecho como un huso de Frisia, respondió Rosa.

-/Y está muy crecido?

—Dos pulgadas á lo menos.

-¡Oh! Rosa, cuidadle bien, y ya vereis que pronto crece.

- Puedo cuidarle mas, cuando no pienso mas que en él? replicó Rosa.

-¿No pensais mas que en él? Cuidado, Rosa, que vais á darme zelos.

-Bien sabeis que el pensar en él es pensar en vos. No le pierdo de vista; véole desde la cama; cuando despierto es el primer objeto que se presenta á mi vista, y el último que se separa de ella al quedarme dormida. Por el dia me siento y trabajo á su lado, porque desde que está en mi cuarto no salgo de allí.

-Haceis bien, Rosa, pues ya sabeis que es vuestro dote.

-Si, y gracias á ese dote podré casarme con un jóven de veintiseis á veintiocho años á quien ame.

-Callad, taimada,

Y Cornelio logró coger los dedos de la jóven, lo que hizo, si no cambiar de conversacion, á lo menos suceder el silencio al diálogo.

Esa noche Cornelio fué el mas venturoso de los hombres. Rosa le abandonó su mano todo el tiempo que le plugo tenerla cogida, y Cornelio habló del tulipan á sus anchuras.

Desde ese momento, cada dia trajo un progreso en el tulipan y en el ámor de los dos jóvenes; unas veces eran las hojas que se habian entreabierto, otras la misma flor que habia cuajado.

Al oir esta noticia, fué grande la alegría de Cornelio, y sus preguntas se sucedieron con tal rapidez que acreditaban su importancia.

-¡Cuajado! ¿Ha cuajado? exclamó Cornelio.

-¡Ha cuajado! repitió Rosa.

Cornelio tambaleó de alegría y tuvo que agarrarse al postiguillo.

-¡Dios mio! exclamó.

Luego, volviendo á Rosa, dijo:

-¿Es regular el óvalo? ¿está lleno el cilindro? las puntas ¿están verdes?

-El óvalo tiene cerca de una pulgada y se lanza como una aguja, el cilindro hincha sus costados, y las puntas están para entreabrirse.

Esa noche Cornelio durmió poco, pues era un momento supremo aquel en que debian entreabrirse las puertas.

Dos dias después Rosa anunciaba que estaban entreabiertas.

-¡Entreabiertas, Rosa! exclamó Cornelio. Entonces ¿ya se puede distinguir?

Y el preso se detuvo jadeando.

-Sí, respondió Rosa, se puede distinguir un hilillo de color diferente, delgado como un cabello.

-¿Y el color? dijo Cornelio temblando.

-¡Ah! es muy oscuro.

-¿Moreno?

-¡Ah! mas oscuro.

-¡Mas oscuro, buena Rosa! mas oscuro! . . . ¡Gracias! Oscuro como el ébano, como. . . .

-Como la tinta con que os he escrito.

Cornelio exhaló un grito de alegría loca.

Luego, parándose de súbito, juntó las manos y dijo:

-¡Oh! No hay ángel que se os pueda comparar, Rosa!

-¿De veras? dijo Rosa, sonriendo á esa exaltacion.

-Rosa, habeis trabajado tanto, habeis hecho tanto por mí. . . . Rosa, mi tulipan va á florecer, y florecerá negro. Rosa, sois lo que Dios ha creado mas perfecto sobre la tierra.

-¿Después del tulipan?

-¡Ah! calláos, picaruela; calláos por piedad, y no agueis mi alegría. Pero decidme, Rosa, si el tulipan se halla ya tan adelantado, en dos ó tres dias á mas tardar va á florecer.

-Si, mañana ó pasado mañana.

-¡Oht ¡Y no le veré! exclamó Cornelio echándose hácia atrás. ¿Y no le hesaré como una maravilla de Dios que se debe adorar, como beso vuestra s manos, como beso vuestros cabellos y vuestras mejillas cuando por casualidad se hallan al alcance del postiguillo?

Rosa aproximó su mejilla no por casualidad sino voluntariamente, y los labios del jóven se pegaron á ella con avidez.

-¡Caramba! Si quereis, yo le cogeré y os le traeré, dijo Rosa.

-¡No! ;no! Así que se abra, ponedle bien á la sombra, Rosa, y en el mismo instante enviad á Harlem á decir al presidente de la sociedad de horticultura que ha florecido el gran tulipan negro. Bien sé que Harlem está lejos, pero con dinero hallareis un mensajero. ¿Teneis dinero, Rosa?

-Sí, dijo.

-¿Es regular el óvalo? cestá llega el ciliadeo? las -¿Bastante? preguntó Cornelio.

-Tengo trescientos florines.

-¡Oh! Si teneis trescientos florines no debeis enviar un mensajero, debeis ir vos misma, Rosa. que debian entreabrirse las puertas.

_Pero durante ese tiempo, la flor. . . .

-¡Oh! La flor os la llevareis, pues ya comprendeis que no debeis separaros de ella un instante.

-Pero aunque no me separo de ella tendré que separarme de vos, dijo Rosa con tristeza.

=1Ah! Verdad es, mi dulce y adorada Rosa. ¡Dios mio! ¡qué malos son los hombres! . . . ¿qué les he hecho, y porque me han privado de la dibertad? Teneis razon, Rosa, que no podria vivir sin vos. Pues bien; enviareis alguno á Harlem. El milagro es bastante grande para que el presidente se moleste y venga él mismo á Loewestein por el tulipan.

Paróse de súbito, y luego murmujeó con voz trémula:

-¡Rosa! ¡Rosa! si no fuese negro.

-: Caramba! Lo sabreis mañana ó pasado mañana por la noche.

-¡Aguardar hasta la noche para saberlo, Rosat me moriré de impaciencia ¿No podriamos quedar convenidos en una señal?

-(Oh! No hay angel que se os pueda con

Ross apriximo su meilla no per reconitada

-Haré todo lo que pueda.

-¿Qué hareis?

-Si se abre por la noche, vendré yo misma á decíroslo; si por el dia, pasaré por delante de esta puerta y os deslizaré un billete por debajo de ella ó por el postiguillo entre la primera y la segunda inspeccion de mi padre.

-10h! Rosa, eso es. Una palabra vuestra anunciándome esa noticia, es decir, una doble felicidad.

-Están dando las diez, dijo Rosa, y tengo que dejaros.

-1Sí! Isí! dijo Cornelio. ¡Sí! retiraos, Rosa, retiraos.

Rosa se retiró cási triste.

Cornelio cási la habia despedido.

Verdad es que lo hacia para que fuera á velar sobre el tulipan.

adadoso ciclo! Rosa, he pasado toda la noche sonando, primero

EL ENVIDIOSO. TEM Y AUTH A 1981

cuidado. Es el barquero de Locwestein, mozo de veintlein-

Come conmigo mismer si so se lo mandase, se arrojeria de su barca al

a led cuidade, dijo Rosa riendo; aun no tiene la edad, puesto que vos

NOCHE bien grata y al mismo tiempo bien agitada fué la que pasó Cornelio. A cada instante le parecia oir la dulce voz de Rosa que le llamaba, despertaba sobresaltado, corria á la puerta y acercaba la cara al postiguillo; pero el postiguillo estaba solitario y el corredor vacío.

Sin duda Rosa velaba tambien por su parte; pero mas dichosa que él, velaba sobre el tulipan, tenia allí á la vista la noble flor, esa maravilla de las maravillas, no solo desconocida aun sino creida imposible.

¿Qué diria el mundo cuando supiese se habia hallado el tulipan negro, que existia, y que era el preso van Baerle el que le habia hallado?

¡Con qué orgullo hubiera despachado Cornelio á cualquiera que fuese á proponerle la libertad en cambio de su tulipan!

Amaneció sin ocurrir ninguna novedad; el tulipan no habia florecido aun. El dia pasó como la noche.

Llegó la noche y con la noche Rosa llena de alegría, ligera como una ave.

-¿Y bien? preguntó Cornelio. -Y bien; todo va á las mil maravillas. Esta noche florecerá nuestro tulimuy perticelarmente, Rose, que no dejeis que nadie le vez antes congon naq

FIN DE LA SEGUNDA PARTE. DE SE UN DE LOS COMOS DE SOLO